

LA presencia de la vastísima producción intelectual de Joaquín González; el reconocimiento que ha hecho la posteridad de su profunda sabiduría; el mérito de muchos de sus conceptos visionarios sobre la enseñanza, que se mantienen hoy vigentes; el aprecio de su agitada actividad política y su incansable laboriosidad en las importantes funciones que ocupó; toda esta consideración que hacemos frente al caudal torrentoso de su vida útil a la sociedad, aquilata aún más el sentido de esos momentos venturosos en que dejó volar el alma por el aire libre de sus más auténticos deseos; por sus montañas de La Rioja. “Los recuerdos de mi infancia y la poesía de las regiones de portentosa belleza —dice en el párrafo tan conocido de MIS MONTAÑAS— donde un tiempo se alzó el hogar de mis mayores, eran la fuente de los consuelos que yo anhelaba, en medio de esas luchas que sólo la historia describe y analiza, y en las calles cada uno derrama, cuando no la sangre de sus venas, esa otra sangre invisible que filtra en el corazón, de heridas más hondas y dolorosas, abiertas por las injusticias de los hombres”.

Vayamos pues, en vuelo imaginativo, a su tierra natal, al extenso valle que se abre entre los sistemas montañosos del Velazco y del Famatina, donde González encontró el consuelo de sus decepciones y reconvirtió sus energías morales para mantener tenazmente su incesante lucha.

Cuando un integrante de esta Universidad se prepara a visitar a Samay

Julio Painceira

IMPRESIONES

de

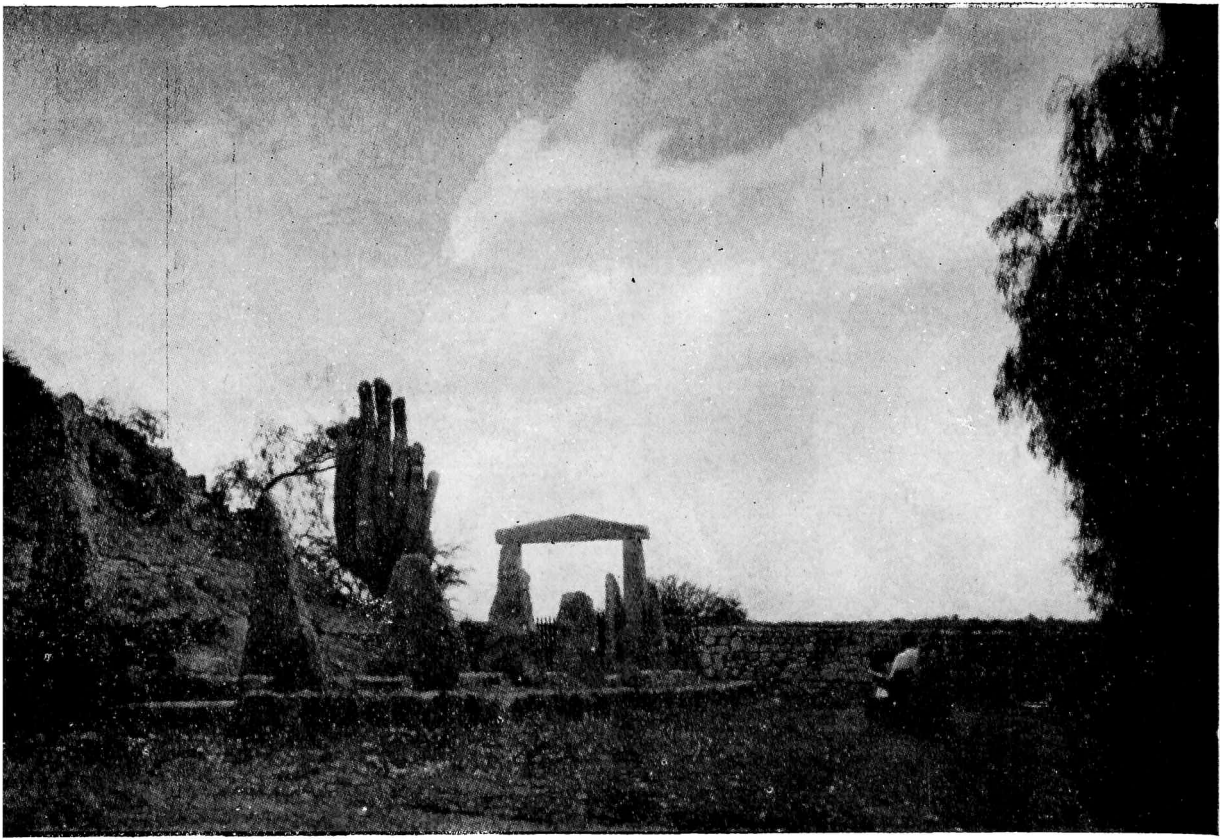
SAMAY HUASI

Huasi, es fuerza que lo domine una acentuada emoción. Por un lado, la imagen venerada del Maestro, su gravitación en la Universidad que fundara, donde el tiempo lo mantiene como la figura permanentemente rectora, nos sumerge, al entrar en su casa de reposo, en la sensación de introducirnos en un templo dominados por una profunda fe.

Por otro lado, la lectura de MIS MONTAÑAS, la compenetración con el ambiente riojano, que nos ha comunicado González por el lazo que tienden los escritores de verdad con sus lectores, en las obras literarias logradas (las que se escriben con apasionada sinceridad), nos hará gozar a cada paso la impresión de un reencuentro, de un resaboreo de sensaciones viejas y queridas, vividas por nosotros mismos hace mucho tiempo, con ese mismo clima de nostalgia que supo crear el autor al añorar su pasada e irretornable felicidad provinciana.



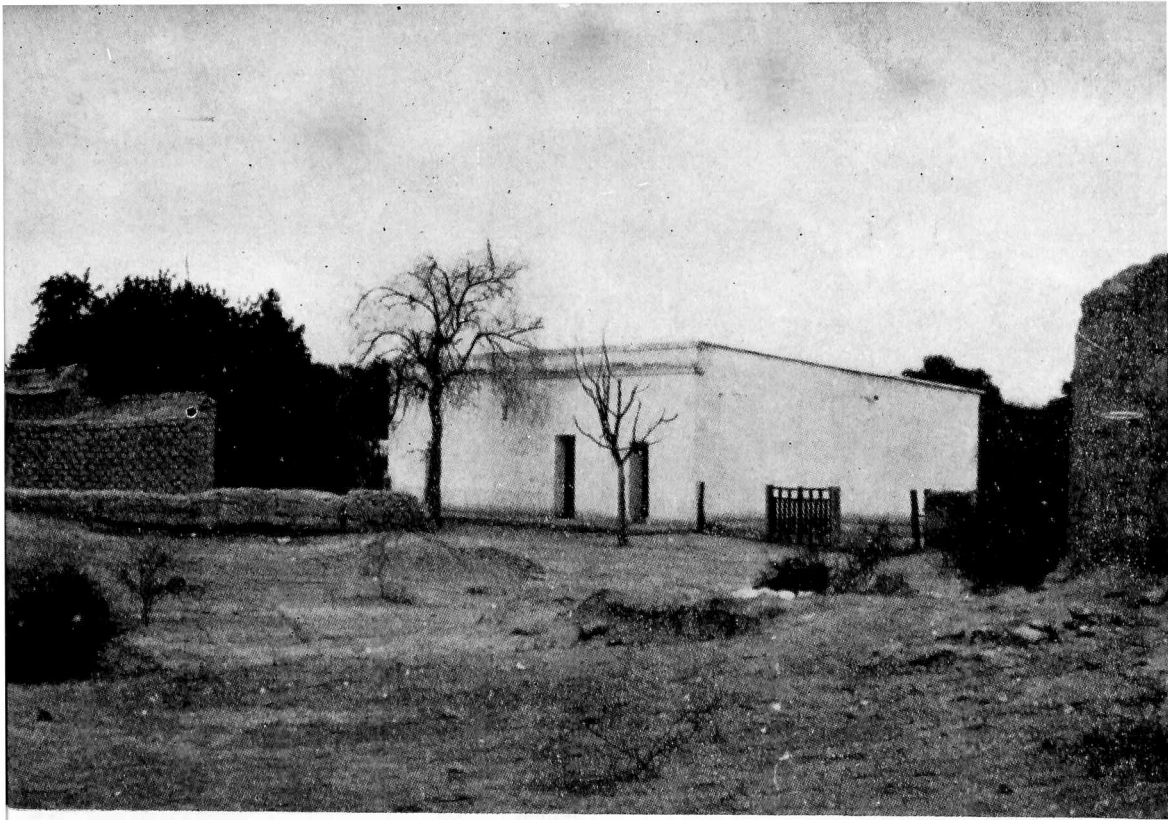
Puerta de Micenas, de estilo incaico, en Samay-Huasi, la casa de descanso que la Universidad posee en La Rioja.



Avenida de los Siete Sabios Griegos.

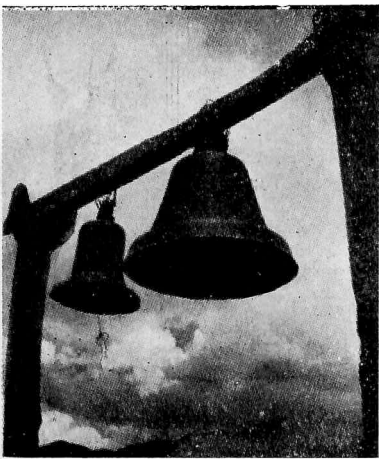
Entrada a Samay-Ituasi, en Chilecito. La Rioja.





Casa natal de Joaquín V. González, en Nonogasta (La Rioja)

En La Rioja, en medio de las montañas, cerca de Chilecito, la Universidad de La Plata posee, desde 1941, una residencia temporaria para artistas, escritores y profesores, llamada Samay-Huasi, que en lengua quichua significa "Casa del Descanso". La finca perteneció al fundador de la Universidad, Dr. Joaquín V. González. (Véase en este número "Impresiones de Samay-Huasi", por Julio Panceira).



Campanas de la capilla de Sañogasta.



Tribuna de Demóstenes, con la estatua de González, por Sforza.



Paisano de la provincia de Salta.

CARNET DE VIAJE

Así, al pasar por Nonogasta, prelude de este viaje de evocaciones, faltando poco para arribar a Chilecito, sobre la calle misma que continúa la carretera que viene desde Patquía, encontramos la casa natal del Maestro. Un pequeño monumento le otorga importancia histórica. Perteneció la construcción al gobierno de la provincia, que la recibió para sede de una biblioteca pública. Está prácticamente abandonada. Ante la impresión ruinoso de la vieja casona y de sus alrededores, recordamos el pasaje de MIS MONTAÑAS: "Cuando después de veinte años de ausencia, he vuelto a visitar aquellos sitios, consagrados por la poesía y los ensueños de mi infancia, lo confieso, he llorado a solas sin poderlo resistir. Estaban los sauces, los álamos y los naranjos tan descoloridos; había tanta desnudez en los parrones predilectos y tanto mutismo en aquellas inmensas viviendas, llenas en otro tiempo de bendiciones y de inocente bullicio que tuve necesidad de imponer silencio a mi cerebro, y de ahogar el corazón bajo la presión de mis manos".

Ahora, ni siquiera álamos, ni sauces desteñidos, ni parrones desnudos. Sólo hierbas y una aislada palmera.

Saliendo de Chilecito, que está separado de Samay Huasi por un cordón de cerros bajos, la sierra de Anguinán, tomamos un camino que se introduce entre dos macizos llamado: El Portezuelo. A poco de andar llegamos a la Puntilla, donde una casa de adobe nos indica que debemos dejar la ruta a Malligasta, para torcer a la derecha. Desde aquí hasta nuestro esperado destino, el camino de arena y cantos rodados serpea entre espinillos, cactus y cardones, bajando por vados ríscosos de ríos muertos que reviven ocasio-

nalmente cuando llueve en el Famatina.

Al frente de nosotros, cubriendo el horizonte, a la distancia, ya está el Velazco, con sus tonos indefinidos, casi siempre entre brumas, y que martiriza a los pintores que buscan obsesivamente llevar al lienzo la fidelidad de sus matices exquisitos. La desvaída policromía se desvanece ante la técnica de la plástica, como ante el esfuerzo del escritor la transcripción de esos inasibles estados del alma que lindan con los entresueños.

Otra vez el recuerdo de las sensaciones que nos comunicó el Maestro, registradas en algún atardecer: "Al frente, la vista se detiene en los filos lejanos de la sierra de Velazco —nos dice—, que se presenta como una masa uniforme veteada de rosa y de oro por los reflejos del sol del ocaso".

Al volver la cabeza, ya veremos, entre el abra de El Portezuelo, del que nos vamos alejando, los picos perpetuamente nevados del Famatina, si tenemos la suerte de que las nubes no los escondan.

"En ese caso, servirán para transmitir nuestra impresión ante su imponencia aquella descripción de MIS MONTAÑAS: "Cinzelado por cíclopes de mitologías desconocidas y levantado por arquitectos fantásticos, el Famatina aparece, sobre el fondo azul del firmamento, como palacio de nieve de proporciones inmensurables..."

Desde ese momento, el Famatina y el Velazco serán los puntos referenciales de todas nuestras andanzas inquisitivas por los alrededores de Samay Huasi.

Vamos costeano la falda pedregosa de la sierrita de Anguinán, cuajada de esbeltos cardones. Ya se divisa el

monumento al Maestro, que esculpió Sforza. Por la impresión a la distancia, sobre el fondo oscuro de la ladera, los regionales le llaman "el fantasma blanco de Samay Huasi".

Ya estamos frente a la entrada principal de "la casa del reposo". El camino sigue para el pueblito de San Miguel, pero nosotros doblamos hacia la portada donde un cartel nos anuncia, como bandera de posesión, el lugar del predio heredado justicieramente por la Universidad.

Frente al pórtico de piedra pulida, antes de entrar a este santuario del recuerdo gonzaliano, nos conmueve pensar que luego de recorrer 1.250 kilómetros de tierra patria, estamos aún en nuestra querida Universidad, en nuestra casa, como protegidos por las alas gigantescas de un cóndor, extendidas sobre cuatro provincias.

Y si nos detenemos un instante más, nos pondremos a reflexionar sobre el destino de esos hombres-cóndores nacidos entre las grietas de estas montañas tan abruptas y distantes, que, a impulsos de su llamado interior, se desprendieron de sus precarios ambientes y volaron tan alto como para erigirse en apóstoles de la cultura.

Pasemos bajo el dintel que lleva escrito sobre granito rosado la leyenda: Samay Huasi. A la izquierda, un roble enorme y dos laureles, aseguran sombra fresca, propicia al descanso, a la charla o a la lectura, aún bajo el sol riojano de enero, y muy cerca, todavía se conserva y da flores un rosal que plantó y cuidó el Maestro.

Siguiendo el camino de entrada, hacia la derecha, un portalillo, también de piedra pero de inspiración incaica, da entrada a la casona que ocupó Gon-

zález, rodeada por un espeso jardín arbolado.

Retomando el camino de entrada, se abre un enorme patio limitado por la construcción que ocupa el depósito, el museo y los talleres; por la vieja caballeriza convertida hoy en habitaciones, y la galería que da comunicación a la antigua residencia.

Al fondo, contra la pared, pueden apreciarse dos de los numerosos detalles que se encuentran a cada paso y van dando un clima evocativo. Un arado indígena, recostado en el muro de la izquierda, y un "noque patero", vasija de cuero calzada en troncos que se usaba como lagar y cuyo adjetivo, "patero", responde al hecho de triturarse allí la uva con los pies.

¡Cómo no recordar aquellas escenas de MIS MONTAÑAS, donde se narra vivamente las fiestas desbordantes de la "Chaya", después de la cosecha!:

"Debajo de las higueras, —dice— los naranjos o los parrones, ya está repleto el noque de la aloja espumante con que se liba al Baco montañés durante las fiestas anuales: sin ella no hay alegrías, ni cantos, ni reuniones; es la vida de la chaya..."

O cuando evoca González sus correrías infantiles: "marchaba la pandilla a dar un malón a los ranchos, donde tenían aloja fresca en los grandes noques de cuero que le sirven de vasija o en tinajas de barro cocido tapadas con ramas de sauce llorón".

En el medio del gran patio, señorea un aguaribay, que tiene una amplitud de copa de unos treinta y cinco metros y constituye una verdadera preocupación para los administradores. El complicado aparato de horquetas que lo apuntalan y las riendas tendidas para conservar sus largas ramas, le permi-

CARNET DE VIAJE

ten mantener la esbeltez de su corpulencia y atestiguan, de paso, los despiadados vendabales serranos que soportó.

Pasando la línea de edificación ocupada por los dormitorios, a través de una puerta pequeña se llega a un patio cubierto de enredaderas, rosales, sostenidos por armazón de hierro.

En este lugar había una mesa donde González ordenaba disponer la cena en tiempo propicio. Y como es costumbre en el norte, hacía sacar hasta aquí la cama para dormir al sereno. Un gran dosel de tul, con caída hasta el suelo, colgado de un travesaño del rosal, lo protegía de los molestos mosquitos y de las peligrosas vinchuas. Y aquí, antes de entregarse al reposo, oyendo el canto de los grillos, disfrutaba de esas noches de cielo tan puro que multiplican y agrandan las estrellas, y excitan la imaginación hacia los pensamientos más sublimes.

El espacio desde la finca, hasta el mismo pie del Cerro, está ocupado por una quinta de hortalizas, tendidos de parrones y montes de diversos frutales: naranjos, mandarinos, higueras, cerezos, ciruelos, duraznos, damascos, olivos, castaños, membrillos, granados, nogales.

Podremos cruzar los doscientos metros de huerta que nos separan de las sierras, por varios caminos. Por el de los rosales, o bien, por uno de esos jalonados por gruesas y vigorosas cepas que retorcieron los años y vio crecer el Maestro. Andando bajo el dosel de hojas y de racimos enormes que comprometen la seguridad del tendido, vuela la imaginación hacia las expresivas escenas bucólicas del capítulo: *Las cosechas*: "Cuánta algazara al despertar el día, de mozos que enganchan

los carros o uncen los bueyes a la carreta tradicional, o ensillan las mulas, o cargan los cestos al hombro para marchar a las viñas a recoger la uva, que se cae de puro sazónada, y traerla a los lagares".

O ya nos parece estar viendo en uno de los parrones, a aquella muchacha que "monta sobre la cepa para cortar el racimo más alto y al bajarse se enreda el vestido en presencia del festejante".

En tanto vamos hacia el fondo, la vista se tiente con los granos reventones, de color verde transparente o violeta oscuro aterciopelado, y la mano obedece el impulso para satisfacer el gusto, hasta llegar al pie del Cerro, donde otros tendidos cruzan en línea perpendicular. Son los más antiguos; algunos cepones llegan a centenarios, pero todavía están fuertes y se ven rodeados de verdes vástagos.

Estos sí que han visto al Maestro pasear a su sombra, con un libro bajo el brazo, soñando sus anhelos, o abriendo las compuertas de la acequia para que corra el agua que se transforma en savia promisora, o cortando, como nosotros, esos granos que al entrar en la boca hacen sonreír.

Siguiendo hacia la izquierda, tras un reposadero apoyado contra unas rocas decoradas con pictografías indígenas, se abre el panorama en una extensa curvatura de la sierra. Aquí el Maestro, que tenía el alma iluminada por resplandores áticos, vio el lugar ideal para levantar un anfiteatro griego y se conformó con una imitación, que hizo como jugando, con piedras que simulan perfectas graderías. Los cardones y algún pichanillo que brotó entre las grietas de las rocas, son

el ornato sobrio de este majestuoso parainfo natural.

Siguiendo el camino hacia la izquierda, bajo los racimos, pasamos a pocos metros de la sierra, en la que observamos una concavidad para nosotros sugestiva.

Una versión transmitida oralmente y que algún familiar ha confirmado, nos dice que a este recinto natural le llamaba González *La Capilla*. Y hasta se dijo era el lugar destinado por preferencia personal para guardar sus restos, que se conservan actualmente en Chilecito. Bien pudo ser así, como dicen que quiso el Maestro. El hombre público, el ciudadano de virtudes cívicas incommovibles, el publicista, el estadista, merece el mausoleo de Chilecito como justiciero homenaje de la posteridad reconocida.

Pero el autor de MIS MONTAÑAS; el hombre sensible a la emoción de su tierra natal, a la que amaba con fervor panteísta; el hombre que se entrega, en este sitio de reposo, a la intimidad de sus sueños, consubstanciado con el ambiente que él mismo va creando; en suma, el Joaquín González de Samay Huasi, se nos infiere que deseó permanecer aquí en Samay Huasi, y en esta sencilla capillita de roca viva, exornada con cardones a modo de candelabros.

Si al llegar desde la residencia por la avenida de parrales, en lugar de tomar hacia el anfiteatro, como lo hicimos, torcemos hacia la derecha, bajo la bóveda de sarmientos, hojarasca y racimos, ya podemos ver la famosa Avenida de los siete sabios griegos y el segundo portal de entrada a la finca, "la puerta de Micenas", trilito levantado bajo la inspiración de la famosa puerta de los leones.

La Avenida de los siete sabios griegos, ha gozado de enorme preferencia entre la temática de Samay Huasi. Nuestros pintores platenses, que se llegan hasta el norte para buscar motivos originales y de intenso vigor, no resisten empero, al impulso de pretender una personal interpretación del difundido tema.

En primer lugar, la gran piedra romana que llamó González "Tribuna de Demóstenes", por ser el sitio propicio para ejercitar la oratoria con sus amigos. Sin duda alguna, ha desmerecido el efecto de su elevación sobre el nivel del suelo, y por lo tanto, de su primitiva grandiosidad, el hecho de haberse tomado la tribuna de Demóstenes como pedestal de la enorme estatura que esculpió Sforza.

Entre todos los sitios de reposo, dentro de la Casa del Reposo, la Avenida de los siete sabios tiene una atracción muy especial. No es lo mismo gozar despreocupadamente el fresco agreste que da la tupida fronda de los castaños o de los nogales del huerto alejado de la vieja vivienda; o quedarse bajo un pino del jardín frente a la balaustrada de la casona residencial, para nosotros tan llena de evocaciones; y es también distinto, sentarse sobre los bancos de piedra, bajo la sombra del aguaribay que está en el gran patio, en el corazón mismo del movimiento de la finca.

El reposo en la Avenida de los siete sabios, se nutre con la quintaesencia de los valores universales. El Maestro ha reflejado aquí, en síntesis admirable, toda su sólida formación clásica y la ha materializado con recursos de sencillez primitiva. Ha esbozado en trazos mínimos una avenida de estatuas cuyos pedestales son columnas or-

CARNET DE VIAJE

namentales, sin estatuas y sin ornamentos. Pero los ornamentos y las estatuas están allí señaladas por el nombre que buscó González para que así se las viese: Avenida de los siete sabios griegos. El espíritu de Grecia, interpretado en granito de La Rioja, con rústica esquematización.

Las raíces de este estado espiritual del reposo que buscó González en Samay Huasi, hienden tan hondo en el alma humana de todos los tiempos, que quiso valerse de la fecunda sugestión de la Grecia eterna para lograrlo. Y allí comparten ambientados, en armonioso equilibrio, la tribuna de Demóstenes, la Avenida de los siete sabios, la puerta de Micenas, y el anfiteatro, entre las piedras resquebrajas de la sierra, entre los pichanillos de lacia melena, entre los sobrios cardones y añosos aguari-bays.

Samay Huasi, además de ser el templo de la Universidad donde se rinde culto a González, es un estado de espíritu. Apeadero de reconfortante sombra que, sobre el camino, nos permite recibir el mensaje permanente de la contemplación.

Apreciar a Samay Huasi no es privilegio de recién llegado, aunque sepamos de antemano lo que significó para el fundador o acelere el camino de la comprensión la fresca lectura de MIS MONTAÑAS. El alma se desazona un tanto al pasar de prisa desde el mundo de las cosas urbanas, desde la compleja inter-relación social, desde el hervidero de convenciones que soporta, a este perfecto hallazgo de la vida placida.

Para comprender a Samay Huasi, dentro de su ambiente, hay que ascender por sucesivas "escalas de perfección". Será como entrecerrar los ojos

por un tiempo e ir antreabriéndolos lentamente para acostumbrar la vista. Así se irá saboreando un horizonte de apreciaciones inéditas, hasta llegar a un mirador que pudieran compartir el poeta bucólico y el místico.

Después de la visita a la finca, que debe efectuarse con parsimoniosa despreocupación, sin urgencia de turista de paso, iremos poniéndonos en contacto con el ambiente total, donde está emplazado Samay Huasi. Hay que saber compenetrarse de la esencia de las cosas que manan de un pasado aborigen, heroico o pastoril. Hay que indagar los nombres regionalmente auténticos de las plantas y animales, porque al reconsiderarlos por el puente de su etimología indígena, sueltan todo el zumo de su expresión. Indagar el significado toponímico de las poblaciones cercanas, y gozarlo evocativamente, dando preferencia, en el encuentro de diversas versiones, a la que mejor satisfaga la imaginación: *Malligasta*: pueblo del lavadero de oro; *Anguinán*: cerro que divide el valle; *Nonogasta*: poblado de los senos, *Vichigasta*; pueblo del labrantío; *Antinaco*: poblado del sol, de los metales y del agua; *Sañogasta*: pueblo de la alfarería; *Tilimuqui*: fragancia que trasciende a las alturas.

Hay que caminar por esos pueblitos terrosos, de calles tortuosas y de casas de adobe, chatas, como temerosas del aplastante sol. Hay que mirar esos ranchos de techo de quincha, en cuya galería queda la cama durante el verano, para poder descansar en las noches cálidas.

En el tono monocorde de todos estos pueblitos de color pardo, cuyos alzados de adobe se confunden con la tierra de las calles y caminos, el único carác-

ter diferencial de la construcción lo constituyen las viejas capillas, algunas de las cuales tienen siglos. A pesar de las irrespetuosas refecciones que pretendieron mejorarlas, de ellas trasciende una venerable sensación de recogimiento y devoción auténticos.

Veamos por ejemplo, la de Sañogasta, con sus campanas al exterior desde que se derrumbó la torre; la de Anguinán; la de Malligasta, cuyo patrono es San Nicolás y que todos los primeros de enero centraliza los festejos llamados "del Niño Alcalde", descritos en MIS MONTAÑAS; la de los Sarmientos, donde el dintel grabado de la puerta resiste la intemperie desde el año que menciona: 1764.

Hay que entrar en la galería del viejo caserón que habla aún de pasada grandeza. En San Miguel, por ejemplo, debemos visitar la casa de Doña Juana Giménez. En el dintel de la puerta de gruesa madera, trabada al quicio con goznes que rechinan al paso del tiempo, consta el año de construcción: 1804. Doña Juana nos conduce al interior desde donde se aprecia mejor al contraluz la reja colonial, en el vano de la ancha pared de adobe.

En un muro del salón, hay una hornacina con portezuelas que abre con unción el ama de casa y quitando unos lienzos protectores, quedan al descubierto una virgencita de cara morena, como "cholata" riojana, y un cristo de palo, herencia secular de la imaginería de las misiones.

La evocación de las patriarcales costumbres se identifica con la que hace González: "Allí está la alcoba clásica —dice— donde la madre de familia, de hábitos reservados y serenos, reúne a sus hijas y a sus criadas para las costuras, y en la noche, para arrodillarse

delante del Cristo hereditario, que pende de la pared cubierto por un velo..."

Hay que entrar en contacto con la gente de esos pueblos vecinos, tostada por el sol, curtida por la sequía, y hay que oír sus razones, envueltas por la pureza que aún no ha mellado la desconfianza.

Hay que alternar con ella y compartir sus fiestas, para captar esa mezcla de ardiente religiosidad y candoroso paganismo. Y presenciar también, la otra fiesta, la de las montañas, en la época en que los cactus y cardones se cuajan de flores blancas.

Hay que compartir de cerca el alborozo de los chiquilines cuando, después de un extenuante período de privación, ven llegar el torrente de frescura por los canales de regadío.

Hay que sentir, con sufrido estoicismo, el calor abrasante del camino asoleado, para comprender mejor el dolor calcinado de la tierra, y recibir después como una bendición, el gozo de sentarnos en la piedra fresca sombreada por algún pacará.

Hay que explorar una de esas pampitas donde dice la tradición que asentó el indígena una tambería y saber regociarse ante el hallazgo sugestivo y emocionante de restos de cantarillos o urnas funerarias, que al dejarse acariciar vierten en nuestras manos un mensaje de siglos.

Hay que dejarse llevar por el misterio de la senda cerril que no sabemos a dónde va, abriéndose paso entre espinillos hostiles —mientras la desconfianza acautela el paso y se aguzan la vista y el oído para prevenir la aparición de un chelco o una víbora ponzoñosa.

CARNET DE VIAJE

Hay que trepar, desde los fondos de Samay Huasi, por algunos de los senderos zigzagueantes del Cerro que lo respalda, hasta sus crestas romas, para abarcar la plenitud del valle; contemplar el salpicado blanco de Chilecito; avistar el lomo monstruoso, perpetuamente nevado, del Famatina, con su corona de nubes brillantes y la réplica de sombras en la cuesta baja, y recostar la vista hacia el lado opuesto para apreciar el color cambiante del Velazco, que podemos sorprender con túnica de brumas grises, o de suave azul ultramar, o de violáceo, o de rojo vivo, rayado por haces de sol.

Hay que dejarse estar a la sombra de un jacarandá, y dejar correr la meditación en el tiempo con perfecta sensación de libertad, mientras se oyen

las castañuelas de sus semillas secas estremecidas por la brisa riojana.

Y por último, hay que dejar amalgamar en el espíritu tan distintas sensaciones, cuya conjugación motiva ese estado de alma que se goza solamente en Samay Huasi; la casa del descanso, del descanso feliz.

Después, ya estamos capacitados para pasear por la Avenida de los siete sabios griegos con íntegro sentido de su significación universal, y hasta podremos, sin sufrir el estremecimiento de cometer una atrevida profanación, cobijarnos en esa concavidad de la piedra que está sobre la tribuna de Demóstenes, para meditar —como lo hacía el Maestro— a la vista del maravilloso valle, entre “Mis Montañas”.